

UNO

DE CÓMO UN PARDILLO COMO YO
ACABA ENREDADO EN
UN EMBOLADO COMO ESTE

DURANTE UN AÑO MI ESPOSA, NUESTRA NIÑA Y YO NOS PROPUSIMOS vivir en el centro de Nueva York sin producir ningún tipo de impacto ambiental. Es decir, hicimos todo lo que estaba en nuestra mano para no generar basura (así que nada de comida para llevar), no emitir dióxido de carbono (así que ni conducir ni volar), no verter sustancias tóxicas en el agua (así que nada de detergente), no comprar productos importados de lugares remotos (así que nada de fruta de Nueva Zelanda); y, por supuesto: nada de ascensores, ni metro, ni productos envasados, ni plástico, ni aire acondicionado, ni televisión, ni comprar cosas nuevas...

Pero antes de entrar en detalles debería aclarar cómo llegué a convertirme en No Impact Man. Voy a comenzar con una historia que digamos que es como una confesión, una especie de inventario de todo lo que me hizo cambiar; un rollo mea culpa, en plan hijo pródigo.

Todo empezó con un acuerdo al que llegué con mi esposa, Michelle Conlin. Para que os hagáis una idea, Michelle se crio con la Visa Oro de papá y que si servicios de taxi domiciliados y barcos enormes, que si socia de tres clubes de campo y juramento a la bandera. Yo, por el contrario, crecí con melena hasta los hombros, educación alternativa, llevar ropa de marca es de tontos, ojalá fuera lo bastante mayor para desertar del ejército y tomar LSD, salvemos a las ballenas, y siempre tirado de pasta

pero no importa, porque de todas formas no queremos ser ricos ya que odiamos el materialismo.

Un día fuimos de visita a la casa de mi madre en Westport, Massachusetts; Michelle se tumbó en la cama de mi antiguo dormitorio y se quedó mirando los espantosos tableros de poliespán del techo.

—¿Sabes? —me dijo—. Yo crecí con techos mucho más bonitos que tú.

A decir por la expresión de su cara, eso lo explicaba todo.

16 Mi gran amigo Tanner, por su parte, me llamó una vez para contarme que a su psicoterapeuta le desesperaban «las diferencias entre Michelle y Colin». El por qué su psicoterapeuta analizaba mi matrimonio era una cuestión que sería mejor dejar para que Tanner la explorara en su próxima sesión; pero la cosa es que, al menos de primeras, Michelle y yo teníamos mucho que negociar. La historia que cuento aquí tiene que ver con uno de nuestros acuerdos.

Yo, por mi parte, me comprometí a soportar el estridente vocerío de *Bridezilla*, *The Bachelor** y demás telebasura, cuando Michelle se tragara varios programas seguidos, uno detrás de otro. Detesto los *reality shows*. Y ella, a su vez, accedió a que, en sus expediciones a las tiendas, no compraría nada que estuviera hecho o adornado con pieles. Ese era el trato.

Por aquel entonces, a Michelle le gustaba llevar algunas cositas de piel. No me refiero a largos abrigos de pieles ni rollos de esos, sino a sombreros de piel, forros de pelo y cosas por el estilo. Al fin y al cabo, Michelle es una auténtica chica *Cosmopolitan*, de las que llevan bolso blanco de Marc Jacobs; una especie de Carrie Bradshaw de *Sexo en Nueva York* que madura, se casa y tiene un bebé.

Por otro lado, podéis llamarme nenaza, pero se me revolvían las tripas cada vez que veía uno de esos mapaches o zarigüeyas

* *Reality shows* estadounidenses. En *Bridezilla* se hace un seguimiento de la novia durante los preparativos de la boda; y en *The Bachelor* un soltero elige pareja, por eliminación, entre veinticinco participantes. (Nota de la traductora).

reventados sobre la carretera en Palisades Parkway; y, además, también me daba pena que se matara a animales pequeños solo por su piel.

Sin embargo, me las apañé en aquel entonces para eximir a mis zapatos de cuero de la idea de que la humanidad anteponía la vanidad al buen trato a los animales. A pesar del desprecio que sentía por mi propio «Yo quiero comprar», mi desdén por las marcas de diseño y todo lo consumista se tornó, digamos, un poquito más transigente. Yo era uno de esos tipos que se compran un televisor de cincuenta y dos pulgadas y después se crean unos rebeldes contra la sociedad de consumo por haber elegido el modelo con descuento que lleva un tiempo expuesto en el escaparate.

Con todo esto no quiero decir que yo fuera uno de esos progres a los que se les va la fuerza por la boca. Fui a Pennsylvania a hacer campaña en las elecciones del 2000 y del 2004. Contribuí con llamadas telefónicas a la movilización del voto cuando MoveOn.org me lo pidió. Traté de adoptar cierto tipo de actitud servicial en lo cotidiano o, por lo menos, procuraba no hacer ningún daño. Trabajé de voluntario en el recinto de las Torres Gemelas después del 11 de septiembre. Hasta recé por George Bush, pensando que aquello de odiarlo no servía más que para llenar el mundo de odio.

Pero la cuestión era si, tal y como estaban las cosas, no debería haberme exigido más a mí mismo.

Unos meses después de que hubiéramos negociado la telebasura sin restricciones a cambio de una moratoria sobre las pieles, una amiga cuyo padre es propietario de una empresa peletera en Minneapolis, la ciudad natal de Michelle, le ofreció un chal nuevo de piel de zorro blanco de mil dólares.

—Es gratis y además el zorro ya está muerto —razonaba Michelle.

—No es un zorro, son diez —repliqué yo—; ya he tenido que sufrir tu alienante mierda televisiva y, además, tenemos un trato.

—Pero esos son tus principios —contestó Michelle, y acto seguido se sacó el as de la manga—. Quiero discutir este asunto en terapia de pareja.

No es que fuéramos realmente a terapia de pareja, lo que ocurría era que yo me pasaba de vez en cuando por alguna de las sesiones de Michelle con su psicoterapeuta. Vaya, que al final tuve que arrastrarme hasta su consulta en el prestigioso Upper East Side, donde Michelle le explicó la situación: un chal gratis de piel de zorro por un lado y nada de pieles por el otro, tal como dictan los valores de Colin.

—¿Por qué debo yo sumarme a sus consideraciones éticas? —preguntó Michelle.

18

La psicoterapeuta se giró hacia mí.

—¿Colin? —inquirió, y tras cederme el turno las sorprendí al declarar que Michelle podía comprarse toda la piel que quisiera, que la liberaba de nuestro trato, pero con una sola condición —y aquí es donde quedo como un gilipollas—: Michelle tenía que leer en voz alta algunos párrafos que yo había marcado en verde en un folleto de PETA sobre la industria peletera.

—Ya los leeré cuando llegue a casa —dijo Michelle.

—De eso nada —dije yo—; el trato consiste en que, si lo que quieres es incumplir nuestro acuerdo sobre las pieles, tienes que leer esto aquí en alto.

Tan comprensiva como es, Michelle agarró los papeles, se aclaró la garganta y comenzó a leer.

Esto dio lugar a dos conclusiones. Primero, que Michelle decidió, basándose en lo que había leído, que ya no quería comprar pieles porque, en realidad, ella alberga el corazón más grande jamás conocido, y porque, en el fondo, no somos tan diferentes por dentro como podemos parecerlo por fuera. Y, segundo (y aquí llegamos al quid de nuestra historia), que yo me había mostrado como un capullo engreído. Había puesto en marcha todos mis recursos intelectuales y de persuasión para hacer que ella cambiara su comportamiento, mientras me quedaba completamente satisfecho con el mío.

Lo cierto es que en ocasiones he tratado de hacer del mundo un lugar mejor, pero estaba empezando a pensar que mis convicciones políticas se centraban, con frecuencia, en cambiar a los demás, como fue el caso con Michelle, y muy rara vez en cambiarme a mí mismo.

Cometí el error de pensar que condenar las fechorías de los demás me colmaba, en cierto modo, de virtud. Llegué a la conclusión de que me había convertido en uno de esos típicos progres que se escudan detrás de unos cuantos gestos políticos irrelevantes y pequeñas privaciones en su estilo de vida, y que después se permiten el lujo de emplear el resto de su energía en sentirse superiores a todos los que supuestamente no hacen lo suficiente.

19

Al cabo de un año, empezaron a aparecer noticias acerca del cambio climático. Bueno, se sabe desde hace veinte años pero, de algún modo, no había llegado a entrar en mi conciencia progre. No podemos seguir manteniendo este modo de vida para siempre, nos dicen los científicos, el mundo no podría soportarlo. Se van a derretir los casquetes polares, se elevará el nivel del mar, habrá sequías, o lo que es lo mismo: el planeta va a estar bien jodido y sufrirán millones de personas.

Los países del mundo han negociado, en el marco de las Naciones Unidas, el Protocolo de Kyoto para el Cambio Climático¹, que asigna objetivos obligatorios para la reducción de gases de efecto invernadero a los países integrantes. Pero Estados Unidos, la mayor productora de gases de efecto invernadero del mundo, aunque está suscrita al protocolo, se negó a ratificarlo.

¿Y yo? ¿Yo qué he hecho frente a los oídos sordos que presta nuestra nación a las cuestiones medioambientales? Pues bien, si llovía a mares yo comentaba, en tono pesimista, a todo aquel que quisiera escucharme, que la culpa por aquel tiempo tan extraño la tenía George Bush. Si en una conversación alguien declaraba que el calentamiento global era tan solo una teoría, le respondía que los científicos sostenían que era un hecho real, poniendo, incluso, cara de irritación para mostrar que lo decía

en serio. Y si hacía tanto calor fuera como para que sintiera la necesidad de encender los dos aparatos de aire acondicionado, durante algunos segundos me apesadumbraba el hecho de estar contribuyendo al problema.

20

Volvamos al año 2006, cuando yo tenía cuarenta y dos años. Mi hija Isabella iba a cumplir uno. Vivíamos en la parte baja de la Quinta Avenida, en Greenwich Village. Era el mes de enero pero en la calle hacía unos veinte grados. Estábamos en pleno invierno y pasaban deportistas haciendo footing en pantalones cortos. Los jóvenes de la cercana residencia de la Universidad de Nueva York deambulaban en camisetas de tirantes por los alrededores de nuestro edificio.

Yo iba por la calle paseando a la perra, *Frankie*, y la gente a mi alrededor estaba contenta, pero yo no; yo estaba preocupado. Introduje la llave en la cerradura del portal y continué por el suelo de granito del vestíbulo hasta el ascensor. El portero, Tommy, un hombre mayor, griego y con el pelo cano, me saludó:

—Qué calor hace, ¿no?

—Pues imagínese cuánto calor haría si existiera eso que llaman calentamiento global —comenté yo.

Evidentemente estaba siendo sarcástico. Por aquel entonces, todavía se debatía si el calentamiento global existía o no. Yo, desde luego, no lo ponía en duda. Ese fue más o menos el momento en el que empecé a sentirme incómodo: lo que leíamos en los periódicos solo nos confirmaba lo que ya empezábamos a notar en nuestras propias carnes.

El verano pareció trocarse directamente en invierno, y después volverse verano otra vez; las largas estaciones de otoño y primavera de mi infancia habían desaparecido. Aquel diciembre presencié una tormenta cuyos truenos retumbaban con violencia y cuyos relámpagos iluminaban el blanco manto de nieve con destellos de un verde fantasmagórico. No recuerdo haber

visto nunca relámpagos y truenos en una tormenta de nieve en ninguno de mis inviernos del noreste.

Tommy soltó una carcajada ante mi observación sarcástica, activó la palanca del ascensor y empezamos a subir a trompicones. Pero ¿qué se le va a hacer?

Unos meses antes había estado viajando para dar algunas charlas sobre mi último libro, que trataba de una operación secreta de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial en Francia. Es decir, llevaba meses ocupado con lo que había pasado hacía sesenta años, aunque lo que realmente me aterraba era lo que estaba ocurriendo en la actualidad.

Todo esto era lo que se me pasaba por la cabeza aquel día en el ascensor: había leído que el Ártico se estaba derritiendo tan deprisa que los osos polares se ahogaban buscando comida al tratar de nadar de un islote de hielo a otro, que ahora estaban separados por cientos de kilómetros. Los científicos lo sabían porque habían encontrado sus cuerpos blancos sin vida balanceándose sobre las olas en medio del mar².

Y, lo que es peor, desesperados por el hambre, había veces que los osos polares adoptaban prácticas caníbales y devoraban a las crías de otros osos. Se estaban comiendo los unos a los otros.

Quemamos demasiado combustible fósil, el cielo se encapota con dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero, el planeta se calienta, los casquetes polares se derriten, los osos polares no consiguen alimento, y se comen a las crías de sus congéneres.

A ti ya todo esto te resultará familiar, pero por aquel entonces, en el 2006 y al menos para mí, era completamente nuevo.

Aunque lo que me desesperaba de verdad era que no acababa de creerme que nuestro modo de vida, que destrozaba progresivamente el planeta, nos hiciera felices siquiera. Una cosa es que nos levantemos a la mañana siguiente de habernos pegado la juerga del siglo y, aunque nos hayamos cargado nuestra casa, al menos podamos decir que nos lo hemos pasado bomba. Sin embargo, en términos generales, se puede decir que los aproximadamente seis

mil quinientos millones de personas que comparten este planeta no son, para nada, tan felices como podrían serlo.

Dejando a un lado todas aquellas personas que tienen un acceso muy limitado a la comida y el agua potable, la mayoría no se siente satisfecha con la vida que tanto se ha esforzado en conseguir y que supuestamente desea, tanto en Nueva York como en el resto de los lugares del mundo que se encuentran inmersos en esta misma cultura de consumo acelerada.

22 La mayoría de nosotros trabajamos tanto que no conseguimos pasar el tiempo suficiente con las personas que queremos y, por lo tanto, nos sentimos aislados. No creemos en nuestro trabajo, y nos sentimos prostituidos. Los jefes no precisan de nuestro talento creativo, y nos sentimos frustrados. No estamos vinculados a nada más amplio, por lo que no encontramos ningún sentido a todo esto.

Aquellos que vemos bien recompensados estos sacrificios, tenemos la suerte de poder distraernos con aventuras y juguetes caros: coches grandes, barcos, televisores de plasma y viajes en avión para ver el mundo. Pero estos premios de consolación solo nos despistan temporalmente de nuestra insatisfacción; nunca la eliminan del todo.

Y, para colmo, seguía yo barruntando en el ascensor aquel cálido día extemporáneo, no solo nos estábamos dando cuenta de que habíamos pasado toda la vida trabajando para mantener un estilo de vida que ni siquiera nos gustaba, sino que además (o eso esperaba) empezábamos a despertar ante el hecho de que ese mismo modo de vida era el que estaba acabando con el planeta. Debido al calentamiento global, dicen los expertos, el planeta tendrá que enfrentarse, entre otras cosas, a plagas de malaria, monzones y huracanes con una fuerza y una frecuencia sin precedentes, así como a la destrucción de muchísimos hogares debido a la subida del nivel del mar.

Hay que ver. Las cosas en las que hay que pensar.

Aquel día veraniego a mediados de invierno parecía que estaba empezando a tocar fondo. Al principio pensé que me sentía

así por cómo estaba el mundo, pero justo ahí, en el ascensor, tuve el presentimiento de que no era solo eso.

Me había estado quejando a todo el mundo, contándoles que vivíamos en un estado de emergencia. Por mucho que me lamentara, sin embargo, vivía y me comportaba como si no pasara nada. Seguía adelante con mi vida cotidiana: me despertaba, llevaba a mi hija Isabella a la niñera, pasaba el día escribiendo, la recogía, me sentaba delante de la tele, y vuelta a empezar. No me veía capaz de hacer nada para solucionar los problemas del mundo. Al fin y al cabo, si el gobierno no hacía nada, ¿qué iba a poder hacer yo? ¿Escribir otro libro de historia?

Pero, ¿era realmente esto lo que quería? ¿Estaba dispuesto a aceptar que podía pasarme toda la vida en un estado continuo de desesperación, sin hacer absolutamente nada al respecto? ¿Había llegado a tocar fondo a causa de la situación del mundo, o por ese voluntario estado de impotencia?

Por alguna razón, aquel cálido día de invierno en el ascensor, de pronto me di cuenta de que posiblemente mi problema no fuera la situación del mundo sino, más bien, mi propia inactividad. Había algo que me preocupaba terriblemente, y no estaba haciendo nada para solucionarlo. No estaba harto del mundo, estaba harto de mí mismo; estaba harto de mi fácil y cómoda supuesta impotencia. Tommy hizo que el ascensor me llevara hasta el noveno piso, donde yo vivía. No era más que un simple viaje en ascensor, unos pocos segundos. No era más que un día en el que hacía veinte grados cuando debería estar haciendo uno bajo cero. Y yo, de repente, me empecé a plantear lo siguiente:

¿De verdad soy un inútil? ¿Es cierto que un tipo como yo no puede hacer nada para cambiar las cosas? ¿O será que soy un vago y me asusta intentarlo?

Del invierno pasamos directamente al verano —otra primavera menos—, y quedé para comer con mi agente literario, Eric Simonoff. Fuimos a Beacon, en el centro de Manhattan, donde

se reúne mucha gente del mundo editorial: copas que entrecochan y colegas que asienten con la cabeza. Íbamos a discutir el proyecto para mi próximo libro.

—Ya no puedo escribir más historia —le dije yo.

—No me digas que quieres escribir novelas —me contestó.

Eric está acostumbrado a ayudar a que gente como yo se busque la vida con lo que escribe.

—No, no quiero escribir novelas —le dije, y acto seguido le eché mi largo rapapolvo sobre el calentamiento global.

Hice saber al pobre Eric, que solo estaba intentando disfrutar de la comida, que mientras salían informes que proclamaban la urgencia de poner solución a nuestros problemas medioambientales, el gobierno y las grandes empresas se movían a paso de tortuga, si es que se movían. Los estudios oportunos³ indicaban que había que reducir las emisiones de gases en al menos un 80 por ciento para el año 2050 si no queríamos que el calentamiento global se disparase y quedara totalmente fuera de control. En lugar de solucionarlo, las empresas como Exxon utilizaban taimadas tácticas de relaciones públicas para desacreditar a las organizaciones que tratan de advertirnos, y los políticos se esforzaban por situar el calentamiento global en la teoría, para alejarlo de la práctica⁴.

Tenía mis dudas de que un demócrata en la Casa Blanca fuera a mover un solo dedo por el medio ambiente. En una cabina electoral, tanto si tiras de la palanca roja como si tiras de la azul, siempre se acaba tirando de la de los grandes negocios; y ninguna gran empresa iba a llenar las arcas de los políticos con millones de dólares ecológicos.

—¿Qué le estamos haciendo a nuestro planeta, Eric? —exclamé, y continué dándole la chapa.

Si navegas en barco hacia el oeste de Hawai acabas colisionando contra un inmenso cúmulo de plásticos flotantes dos veces mayor que el tamaño de Estados Unidos, que se arremolina sobre sí mismo en medio del océano Pacífico⁵. O, si lo prefieres, puedes ir a pescar y volver con las manos vacías de cual-

quiera de los 14 000 lagos canadienses que carecen ya de vida marina debido a la lluvia ácida⁶. O, si no, sal a dar un paseo por el bosque con la intención de avistar pájaros y verás cómo te encuentras cara a cara, en cambio, con una enorme excavadora amarilla en cualquiera de los 130 000 kilómetros cuadrados de bosques que talamos cada año en el mundo para fabricar papel higiénico y vasitos de usar y tirar⁷.

Así es como nos encontramos de bruces con lo que nos estamos haciendo a nosotros mismos. Aquí, sin ir más lejos, uno de cada cuatro niños que vive en la zona sur del Bronx sufre de asma debido a la inhalación prolongada del humo de los tubos de escape que despiden los camiones que retiran la basura de los neoyorquinos⁸. A su vez, los expertos han observado que una gran variedad de problemas de salud —entre los que se incluyen enfermedades pulmonares, infertilidad, párkinson, cáncer de mama o de próstata y autismo infantil, por poner solo unos pocos ejemplos— están relacionados con la ingente cantidad de sustancias químicas nocivas que arrojamos al aire, al agua y a la tierra⁹.

No es que la raza humana se lo esté pasando bomba mientras destroza el planeta, sino más bien todo lo contrario. Sentimos malestar y culpa al pensar que en otro momento de la historia habríamos pasado a la acción y, sin embargo, esta época parece venir ligada a un terrible sentimiento de impotencia.

—A lo que voy —le dije a Eric— es a que quiero conciliar mi trabajo con mis principios.

Le conté a Eric que deseaba escribir sobre lo que me parecía importante, quería contribuir a cambiar la mentalidad de la gente y encontrar un modo de animarlos a construir una sociedad que no fuera tan condescendiente consigo misma, y que fuera un poco más amable con los demás y con el planeta.

He aquí la opinión de Eric al respecto:

—La forma en que lo cuentas es un tostón y además da bajón —comentó él—. No es que no tengas razón, pero ¿cómo voy a

convencer a un editor de que la gente va a querer gastarse veinticuatro pavos con noventa y cinco en un libro que les cuente lo jodidos que están? Y de todos modos, aunque así fuera, ¿por qué razón iban a querer que se lo dijeras tú, un escritor de historia sin ningún tipo de experiencia en la materia? ¿No has pensado mejor —añadió bromeando— en escribir novelas?

26

Cuando abrí la puerta de mi apartamento aquella tarde, sentí una ligera ráfaga de aire fresco muy poco natural. Sabía que Eric estaba en lo cierto. Si yo era el tipo de persona que se deja el aire acondicionado encendido cuando no hay nadie en casa, no solo carecía de autoridad profesional para hablar sobre el medio ambiente, sino que, según parecía, tampoco tenía autoridad moral. Era como el rollo de Michelle con las pieles; como si yo quisiera cambiar a los demás, pero fuera incapaz de mirarme en el espejo.

Si hubiera sido aún un estudiante, me habría manifestado contra mí mismo.

Hay un *koan* de la filosofía zen que refleja muy bien el aprieto en el que me encontraba. Según cuenta el acertijo, hace mucho tiempo en China un gato callejero fue vagabundeando hasta llegar al monasterio del maestro zen, Nam Cheon. Unas veces el gato se acurrucaba en el regazo de los monjes que vivían en la residencia del Este, y otras veces se acurrucaba en el regazo de los que vivían en la residencia del Oeste. En vez de ocuparse de cuidar del gato conjuntamente, los monjes del Este y del Oeste se pusieron celosos los unos de los otros.

—Nosotros amamos al gato más que vosotros, así que debería vivir solo con nosotros —decían los del Este.

—Ni hablar, nosotros sabemos cuidarlo mejor; ¡se debería quedar solo con nosotros! —replicaban los del Oeste.

Un día estalló la discusión en el salón del *dharma*, donde los monjes debían estar meditando. Finalmente, el maestro Nam

Cheon irrumpió en la sala, agarró al gato y le puso un cuchillo en el pescuezo.

—Monjes —dijo el maestro—, dadme una sola palabra de amor verdadero por este gato y lo salvaré; si no lográis hacerlo, lo mataré.

Nam Cheon estaba poniendo a los monjes a prueba. ¿Amaban al gato de verdad o lo único que querían era ganar la disputa? ¿Se harían responsables de su vida o estaban demasiado ocupados con la pelea? Según cuenta la historia, ninguno de los monjes supo hacer o decir nada: lo único que les preocupaba era demostrar que los del otro bando no tenían razón, de modo que Nam Cheon degolló al gato.

Lo que empezaba a preocuparme era que, en lo que se refiere a la salud del planeta, yo y el sistema político del que participo guardábamos mucho parecido con la historia de aquellos monjes. Nunca nos esforzamos más que por ganar la discusión y muy rara vez pasamos a la acción; mientras discutimos a quién le pertenece el gato, se nos olvida que es su vida la que está en juego.

Esto me trae de nuevo a la pregunta que me planteaba respecto a mi evolución en términos de bondad y moderación. ¿Estaba evolucionando personalmente o me daba aires de superioridad moral?

Mi objetivo era alentar a nuestra sociedad para que fuera más bondadosa y un poco menos indulgente. Sin embargo, ahora me daba cuenta de que a lo mejor no debía escribir un libro sobre cómo deben cambiar los demás; quizá en primer lugar debía ocuparme de cambiar yo mismo. Llamé a Eric y concerté una cita para comer una vez más.

—Tengo una idea para un libro sobre medio ambiente que no tiene nada que ver con intentar que cambie nadie —le dije.

—¿Sin polémica? —preguntó.

—No, solo voy a tratar de cambiarme a mí mismo. A modo de experimento intentaré, junto con mi familia, vivir tan respetuosamente con el entorno como nos sea posible.

—¿Un tipo que trata de salvar el mundo él solo? ¿Como una especie de Superman o Spiderman?

—¿Y por qué no? —le sugerí—. ¿Por qué no un No Impact Man?

Dejando a un lado las alusiones a superhéroes de cómic, ¿qué tal si, a propósito de la crisis medioambiental, trataba de predicar con el ejemplo? Tal vez no tenía poder para cambiar las cosas desde arriba, pero ¿y si, dentro de mis limitaciones, comenzaba a cambiar las cosas desde abajo?

28

Tenía pensado escribir un libro sobre el tema y, al mismo tiempo, mantener actualizado un blog en Internet. La idea era incumplir las reglas habituales de nuestra sociedad de consumo dentro de una burbuja transparente, a la que se pudieran asomar pequeños grupos de lectores de blogs y, con el tiempo (o eso esperaba), acabaran por echar una ojeada un mayor número de lectores de libros.

No echaría sermones o, al menos, trataría de no hacerlo. A modo de experimento, iba sencillamente a dedicar mi vida durante un año a investigar, desarrollar y adoptar una forma de vida diferente para mí y mi pequeña familia —mi mujer, mi niña y nuestra perra—, que nos permitiera vivir en el corazón de Nueva York causando el menor daño posible al medio ambiente. ¿Qué cosas nos haría sentir? ¿Era posible en nuestra cultura moderna vivir respetuosamente con el entorno? ¿Parecería tan poco atractivo que nadie seguiría mi ejemplo? ¿Me estaba volviendo un *friki* o mi idea tenía algo de valor?

No me refería, por cierto, a tomar medidas ecológicas fáciles; no pretendía limitarme a utilizar bombillas de bajo consumo o a ser un solícito reciclador. Mi idea era ir tan lejos como fuera capaz y procurar producir el menor impacto ecológico posible. Tenía la intención de no emitir nada de carbono, sí, pero también nada de basura, ni contaminar el aire, ni utilizar recursos

extraídos de la tierra, ni verter sustancias tóxicas en el agua. No quería conformarme únicamente con no emitir carbono; estaba decidido a no producir ningún tipo de impacto ambiental.

Me di cuenta de que iba a ser duro y decidí que, como no quería que Michelle, Isabella y *Frankie* se mudaran de casa, debíamos ir adaptándonos poco a poco.

El primer paso sería encontrar la manera de vivir sin generar basura, es decir, sin productos de usar y tirar: nada de embalajes y demás. El segundo paso consistiría en viajar de forma que no produjéramos emisiones de carbono. En el tercer paso, tendríamos que apañárnoslas para causar el menor impacto posible sobre el entorno con lo que eligiéramos para comer. Después de eso, iríamos avanzando gradualmente, produciendo el menor impacto ecológico posible en nuestro consumo y nuestras compras, en las cuestiones domésticas (como la calefacción y la electricidad), el uso del agua y la contaminación. El asunto se iría complicando cada vez más, a medida que fuéramos adaptándonos a la nueva situación.

También decidí que debíamos compensar el impacto negativo que no pudiéramos evitar con alguna clase de impacto positivo, por ejemplo: limpiando basura del río Hudson, ayudando a cuidar árboles recién plantados o donando dinero a organizaciones benéficas, a ser posible destinadas al activismo ecológico.

En términos puramente matemáticos, para ingenieros o empollones, intentaríamos alcanzar un equilibrio que sería algo así como:

$$\begin{aligned} &\text{impacto negativo bruto} + \text{impacto positivo bruto} \\ &= \text{impacto neto cero} \end{aligned}$$

Esto no pretendía ser un cálculo científico, sino más bien una cuestión filosófica: ¿podríamos reducir nuestro impacto negativo y aumentar el positivo lo suficiente como para equilibrarlos? ¿Podría yo, al menos por un año, vivir mi vida causando menos daño que beneficio?

Así que, en resumidas cuentas, este libro describe mi intento de vivir durante un año, junto con mi pequeña familia, produciendo el mínimo impacto ambiental posible. Si lo que acabo de describir suena extremo, es porque esa es mi intención. Con este libro no trato de propugnar que todos, como cultura, debemos dejar de usar ascensores, lavadoras y papel higiénico. Es un libro que describe un experimento sobre un cambio de estilo de vida. Narra un año de indagaciones. ¿Hasta qué punto son necesarias muchas de las comodidades que asumimos como parte de nuestra vida pero que, tanto en su fabricación como en su uso, dañan nuestro hábitat? ¿Realmente nos procura más felicidad el consumo exagerado de las reservas de nuestro planeta o más bien nos mantiene esclavizados a cambio de un salario? ¿Cómo sería un estilo de vida sin impacto? ¿Es posible? ¿Se iría extendiendo? ¿Es más o menos divertido vivir de esta forma?, ¿más o menos satisfactorio?, ¿más o menos difícil? ¿Merece la pena o no tiene ningún sentido? ¿Estamos condenados, o queda alguna esperanza? ¿Dejan de ser individuales las acciones personales que se manifiestan abiertamente? ¿Los costes ambientales de producción de este libro echarán a perder el bien que encierra o el mensaje que aporta compensará todos los daños? Y, quizá lo más importante, al menos en lo que atañe a mi propia desesperación: ¿era yo, tal y como creía, incapaz de ayudar a cambiar el mundo amenazado en el que vivía?

Estas eran las preguntas que se encontraban en el fondo de mi disparatada empresa.

Para contestar a todas ellas debía adoptar medidas radicales. ¿Cómo lo iba a averiguar si no llegaba hasta el final? No se trataba de un experimento para ver si se podía conservar el hábitat en el que vivimos sin dejar de sentirnos cómodos. Era un experimento que trataba de dar mayor prioridad al hábitat y observar qué efectos tenía esto sobre nosotros.

En el camino, mi ejercicio medioambiental acabaría por llamar la atención de un director de cine independiente que quiso grabar un documental sobre el proyecto No Impact, y del perió-

dico *The New York Times*, que se topó con mi blog a mediados de año y publicó un artículo sobre mi familia. Yo fui el primer sorprendido. A la prensa le fascinó mi experimento, y de repente me vi envuelto en un bombardeo mediático, que se centraba, muy a mi pesar, en el hecho trivial de que yo, en el baño, hubiera optado por una aproximación más respetuosa con el medio ambiente que el papel higiénico.

Se me lanzó a un debate en el que se contraponía la acción individual a la colectiva y, sin darme cuenta, me convertí en algo así como un portavoz medioambiental. Recibía miles de correos electrónicos de personas que me preguntaban qué debían hacer y cómo debían vivir su vida. De repente me di cuenta, aunque vacilé en reconocerlo, de que me había transformado accidentalmente en un líder.

Todo ha cambiado mucho desde que comencé con este proyecto: mi mentalidad, mi carrera, mis amistades, mi paternidad, mi matrimonio.

En la víspera del comienzo del proyecto No Impact pensé que, al haberme planteado como un reto personal el problema de la salud, la seguridad y la felicidad de nuestra especie, tal vez, después de todo, había encontrado una forma menos coercitiva de cambiar alguna que otra mentalidad. Y, si no, cuando ya todo hubiera acabado, por lo menos habría logrado cambiarme a mí mismo. Aunque no consiguiera solucionar el problema, podría decir que al menos lo había intentado.